

CASTILLA

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

Director-Gerente: Santiago Camarasa.

HORIZONTES CASTELLANOS

Una tarde de invierno benigno, cabalgaba acariciado por el sol. En torno mío el silencio del campo—este silencio amigo—rumoreaba sonos múltiples, de referencias imprecisas. En la ancha plana del paisaje, poseídos de la fervorosa contemplación de la tierra callada y desnuda, atendían mis ojos toda esta silueta austera del horizonte castellano. Por la asociación inevitable de recuerdos, dentro del pecho martilleaba el corazón gozoso. Y marchaba con él, midiendo sus latidos, el compás infatigable del tiempo, que hacía declinar el sol tras de la sierra.

Cuando iba a adentrarme bajo los encinares, al ahuyentar su vuelo una bandada, fui madurando estas meditaciones que después he trascrito.

I

LA TIERRA

Al hablar de la tierra, tomada aquí en el sentido de patria chica, y apego al terruño nativo, no podemos menos de pensar en eso que pudiera calificarse de *amor geográfico*, tan desatendido por los españoles. Los sentimientos de todas estas patrias chicas forman, aunados, el sentimiento nacional, que corre a lo largo de la Historia externa y se posa, principalmente en la literatura erudita, que ha contribuido a forjar el celo patriótico (1). Pero otro sector, más importante y repre-

(1) Las viejas Crónicas, en sus varias lecciones, fueron base del sentimiento nacional, ya poetizado—antes y al mismo tiempo de ser aquéllas escritas—en la épica popular. De los *Cantares* y las *Crónicas*, fundidos y amplificados conjuntamente, nació en nuestra historiografía la concepción de un todo nacional (Tudense, Rodrigo de Toledo, Alfonso el Sabio). Hubo, pues, en la civilización medieval castellano-leonesa una idea cultural de la unidad hispánica muy anterior a la realización política de esta unidad española. V. Menéndez Pidal, *La Crónica general de España*.

[Esta es materia intensa y amplia, no para ser aducida a la ligera. Gracias a los esfuerzos fecundos de M. Pidal y de Hinojosa, podemos hoy—continutando estos trabajos—intentar una reconstrucción verdadera del valor «Castilla» y del localismo castellano, para relacionarlo luego con sustancias cardinalmente españolas. En este estudio hay temas muy complejos. Sirva de ejemplo el derecho histórico leonés, las diferencias de éste con las formas políticas y constitucionales castellanas, antes de la fusión definitiva con Castilla, las transmisiones multiformes y los entroncamientos, etc. etc. Atrayentes problemas históricos que se complican desmesuradamente].

Más tarde, la épica erudita del siglo XV, aparece impregnada de un sentimiento patriótico reflexivo, tan raro en la filosofía política prerrenacentista. «Fue Juan de Mena de los primeros que tuvieron la visión de la España una, entera, gloriosa, tal como salió del crisol romano, tal como nuestro imperio del siglo XVI volvió a integrarla:

Vi las provincias de España poniente,
La de Tarraco y la Celtiberia,
.....
Mostróse Vandania la bien pareciente,
Y toda la tierra de la Lusitania,
La brava Galicia con la Tingitania...»

sentativo, la llamada literatura clásica apenas si refleja ese conocimiento y ese amor de la tierra, de la geografía, cuya falta hoy notamos.

Nuestros clásicos—excepción de Santillana, de Fray Luis, de Cervantes, de Lope, de Góngora y algún otro muy contado—hicieron pocas o ninguna vez alusión a lugares y parajes realmente conocidos por ellos. De aquí que hoy se diga, cómo hasta ahora no se había creado el sentimiento artístico del paisaje. Y otras cosas por el estilo.

Todo esto, para concluir, que hemos sido poco amantes de nuestras cosas con conciencia de amor, es decir, con reflexión de hombre. Por esto, el hombre de Castilla, como el hombre de casi toda España, ha sido y seguirá siendo, ¡sabe Dios hasta cuándo!, de la tierra, y no la tierra del hombre. En ciertas condiciones de libertad—le parecía a Ibsen—el hombre puede ser, no mucho más feliz, pero sí más noble. Condición primera de libertad es el conocimiento de la tierra sobre la que se vive; sin este conocimiento, que es amor, el hombre sigue amarrado a ella.

Porque ligado a este problema de sentimiento, que parece tan sencillo, siendo en realidad muy complejo, marcha a su paso el problema económico de la tierra misma. Ambos caminan por idénticas rodadas. La carencia de sentido estimativo, el desconocimiento de las cosas de casa, de nuestro valer propio, nos ha traído horribles males. Mejor dicho, un solo mal: la desconfianza en nosotros mismos. Y desconfianza es desamor, cualidad de negación que desliga y aísla, que engendra dolores y odios. Es preciso y urgente conocer nuestra tierra para atizar el rescoldo de nuestro cariño hacia ella. Conseguir esto, es trabajar por ella.

ANGEL LEDESMA

Salamanca, 1918.

N. de la R.—En los números sucesivos, publicaremos un segundo y tercer artículo, continuación de éste, titulados «El Salvador» y «Los problemas, la verdad y el enojo», respectivamente.

Es un interesante y completo trabajo del prestigioso literato castellano, desde hoy nuestro querido y admirado compañero, el que nos complace, avalorando estas páginas extraordinariamente.

M. Pelayo, *Hist. de la poes. cast. en la Ed. Med.*, t. II, p. 177. Tipo representativo del «puro hombre de letras», el poeta cordobés dio la pauta de un ideal de patria que siempre tuvo presente. Sean modelo de otras muchas que pudieran hacerse, estas breves indicaciones, para documentar sucintamente la afirmación objeto de esta nota.